

nian, parte por herencia, parte en feudo, si nos es permitido usar de esta expresión. Estos territorios, cuyos límites estaban perfectamente trazados, llevaban el nombre de «país de los príncipes,» y en ellos introdujo su palanca la política moscovita. El enlace de estos hechos es el siguiente: los príncipes dependientes de Lituania que ocupaban terrenos propios se encontraban respecto de ésta en relaciones que regulaba un tratado, estando obligados á someterse en todas las cuestiones exteriores á la política del gran duque de Lituania, á cambio de lo cual tenían derecho á que éste les defendiera en el exterior y les mantuviera en la posesión de sus bienes propios y de los que tenían en feudo. Esta obligación desaparecía cuando la Lituania no cumplía los compromisos contraídos en virtud del tratado, «en cuyo caso» los príncipes decían en el tratado «tomaremos el beso de la cruz y quedaremos libres.» A consecuencia de la disolución de este vínculo, los pequeños príncipes entraban al servicio de otro gran duque con sus territorios y sus gentes. Únicamente por lo que se refería á Twer era principio de derecho que el que se pasaba al servicio de otro perdía sus bienes patrimoniales: la libertad de establecimiento se conservaba cuando se pasaba de Moscou á Lituania y viceversa. Mientras subsistió la paz entre ambos grandes ducados, y mientras vivieron los grandes duques uno al lado de otro con fuerzas en conjunto iguales, estas relaciones especiales se conservaron sin perjudicar á una ni á otra parte. Como sucede siempre y en todos los pueblos, los intereses inspiraban la conducta de cada uno de ellos. Mientras la ventaja no estuvo de una ni de otra parte, todo continuó como antiguamente. La destrucción sistemática de los principados parciales por Moscou y, además, la evidente debilitación que se notaba en la política oriental de Lituania desde su unión con el reino de Polonia, produjeron un cambio del cual supieron sacar partido hábilmente los grandes duques de Moscou, los cuales aprovecharon las luchas en que continuamente se encontraban envueltos los príncipes de aquel territorio fronterizo para agregar á Rusia en pequeñas porciones aquellas comarcas. Mientras los grandes duques de Lituania se olvidaban de hacer valer su supremacía poniendo término á las luchas y discordias de los príncipes, Ivan Wassilyewitz no desperdiciaba ocasión alguna de atacarles. Para ello solía proceder de la siguiente manera (1): «Un mensajero de Ivan se presentaba á los príncipes beligerantes lituanos y les manifestaba que su señor les perdonaría y les tomaría á su servicio con sus bienes patrimoniales; que quería protegerles y permitirles que hicieran la guerra á su enemigo y que les concedería, como residencia, las ciudades que conquistaran, añadiéndoles que no pretendía atacarles en sus conquistas ni en sus bienes patrimoniales, sino solo protegerles.» A esto seguía un tratado, y Moscou mantenía su palabra concediendo á los príncipes las ciudades que conquistaban.

El primer príncipe que bajo estas condiciones se pasó con territorios y gentes de Lituania al servicio de Moscou fué Ivan Michailowicz Worotynsky, cuyos servicios aceptó Ivan á pesar de todas las protestas de Casimiro. Otros muchos siguieron su ejemplo, y seguros del apoyo moscovita y ayudados por las tropas de Moscou comenzaron á tomar venganza de sus enemigos que todavía estaban al servicio de Lituania. Ivan, sin embargo, tuvo la precaución de no promover un rompimiento oficial, pues si bien sus príncipes hacían la guerra á los príncipes lituanos, no había hecho intervenir

dores rusos no pueden exigir que se les crea exactos y fidedignos, es difícil obtener la claridad geográfica en las cuestiones de detalle.

(1) Véase Karpoff, obra citada, pág. 17.

en la lucha á sus propios vaivodas. De esta suerte, mientras se cruzaban simultáneamente embajadas entre Lituania y Moscou para tratar de esta cuestión, seguía una continua guerra de fronteras, cuyas ventajas fueron siempre para Moscou, que con tanta constancia y tanta energía iba derecha á sus fines. Estos fines eran, como en otro lugar veremos, ni mas ni menos que la conquista de todos los territorios rusos que estaban bajo la soberanía de Lituania.

La muerte de Casimiro motivó un cambio en el asunto: cuando su hijo Alejandro subió al trono no se guardaron las consideraciones de antes y se rompieron las hostilidades sin que á ellas precediera una declaración formal de guerra. Los vaivodas del gran duque conquistaron la Wjasma lituana bajo el pretexto de defender al príncipe Andrés Yuryewicz-Wjamski, que había manifestado deseos de pasarse al moscovita. A ésta siguieron otras invasiones y ocupación de territorios, dándose el hecho notable de que mientras un Estado sostenía que vivía en paz, el otro hablaba y procedía como si se encontrara en pleno estado de guerra. Fatigáramos á nuestros lectores si hubiéramos de referir todos los detalles, pero hemos de tomar acta del lento y seguro ataque de Moscou contra Lituania. Ivan Wassilyewitz no perdonaba medio alguno para atacar, y si bien el derecho estaba de parte de Lituania, Moscou tenía de la suya la prudencia y la energía y por tanto la victoria, producto de ambas. La política de Moscou se veía envuelta en una nueva aureola, pues se había levantado otra bandera, que era la unión de todos los verdaderos creyentes alrededor del ortodoxo gran duque de Moscou contra los católicos soberanos de Lituania y Polonia. Los sucesos de que hemos tratado llenan todo el reinado de Ivan Wassilyewitz y forman con los grandes rasgos de su política un factor eficaz, sobre el cual tendremos ocasión de meditar á menudo. El gran duque parecía ocuparse personalmente con preferencia en las cuestiones de los príncipes servidores, y no puede negarse que supo llevar esta cuestión con verdadera maestría. Mas rudo fué el golpe que dió á Lituania con la destrucción de la soberanía de la Gran Nowgorod.

CAPITULO XXX

CAIDA DE LA GRAN NOWGOROD

La gran república que unía á la Rusia con el mar ha llamado siempre nuestra atención y ahora se hace mas que nunca acreedora á ella, pues hemos de trazar la historia de su trágica ruina. A esta historia, sin embargo, le falta el héroe trágico, y es de notar que aquella gran república careció siempre, hasta en sus últimos tiempos, de personajes notables que supieran dirigirla. Los tiempos posteriores inventaron, sin fundamento histórico bastante, estos héroes; pero es lo cierto que Nowgorod sucumbió sin gloria. La pesada planta del gran duque pisoteó la ciudad. Con todo, no puede negarse el carácter de tragedia á la ruina de Nowgorod. Es trágica, en el sentido de la antigua tragedia, la fatalidad inevitable que pesa sobre la ciudad y que necesariamente da á su actividad, á su inacción y al mero hecho de existir el carácter de una culpa á los ojos del poderoso llamado á destruirla. Estaba en la naturaleza de las cosas que, apenas comenzada entre Moscou y el reino polaco-lituano la lucha por la conservación y eventual adquisición de la Rusia occidental, la victoria fuera de aquel que dominara en Nowgorod. Así lo comprendió claramente Moscou desde el primer instante y procedió en su consecuencia. En el tratado que Wassilyewitz firmó con el rey Casimiro, Nowgorod y Pskoff quedaron excluidas expresamente de la influencia del rey de Polonia. No por eso dejaron de subsistir las relacio-

nes entre Casimiro y Nowgorod, antes por el contrario, tomaron un carácter peligroso para el gran duque de Moscou por el hecho de ser Lituania el centro de la agitación dirigida contra el grecismo correcto, agitación que desde los tiempos de Isidoro tendía á la unión entre la iglesia latina y la griega. La unión, tal como la quería Isidoro, significaba subordinación á Roma y, en definitiva, la fusión con el pontificado. La propaganda católica había tenido la habilidad de señalar como residencia de Gregorio, metropolitano ruso de

la unión, la ciudad de Kieff, antigua é ilustre capital de la Rusia, y los muchos príncipes rusos que sometidos á la soberanía de Lituania reconocían su soberanía espiritual contribuyeron á atraer aun á aquellos que querían persistir en la estricta observancia de la fe griega (1). En vista de los esfuerzos, cada día mas patentes, que hacía el gran duque de Moscou para ahogar todo espíritu de independencia, los partidarios de la de Nowgorod se vieron obligados á buscar un auxilio y un apoyo en Lituania y á trabajar para que se dis-



Retrato de Ivan III

Facsimile de un grabado en madera publicado en la *Cosmographie Universelle*, de Andrés Thevet, Paris, 1575. (Thevet pretende que adquirió el retrato de manos de un griego de Galatia.)

minuyera, y en lo posible desapareciera, la antipatía que la mayoría de la población sentía hácia el metropolitano romano. Los violentos ataques de Moscou dieron origen en Nowgorod á un partido lituano: la habilidad con que Ivan supo aislar á este partido y hacer sospechosos su patriotismo y su ortodoxia; las debilidades de Lituania y las funestas vacilaciones de la wetscha nowgorode fueron los factores aislados, cuya suma dió por resultado la ruina de Nowgorod.

Ivan, en todos sus actos dirigidos contra Nowgorod, procedió con gran pulso y seguridad y supo poner de su parte todas las ventajas del derecho formal. Si se estudia el curso del desarrollo interior de Nowgorod, no podrá negarse que la república había vivido demasiado tiempo. Parece una pa-

radoja, y, sin embargo, es incuestionable bajo el punto de vista histórico, que en aquel centro, el mas animado de la vida mercantil de Rusia, faltaron siempre grandes comerciantes y verdadero espíritu comercial. El comercio de Nowgorod no era en la esencia sino un comercio de tránsito, y las tentativas para iniciar una política mercantil independiente fueron siempre débiles y poco enérgicas. Los nowgo-

(1) En nuestros días se opera un movimiento á la inversa. La idea de unión que antes conducía á la iglesia católica es actualmente la palanca que conduce del catolicismo á las creencias ortodoxas griegas. Los cuatro siglos que han mediado desde entonces han puesto las mismas armas en otras manos, pero el lugar geográfico y etnográfico de la escena es el mismo.

rodes, dependientes por un lado de los príncipes rusos de las comarcas que á su espalda se extendían, y por otro de las ciudades anseáticas, no supieron seguir nunca una política basada en elevadas miras. Sus ideales no pasaban de los objetivos más fácilmente accesibles y que más á la vista se presentaban, y aun éstos se veían con frecuencia perjudicados por la indescriptible excitación de la multitud reunida en la wetscha. Un profundo antagonismo entre el pobre y el rico aumentaba las disensiones entre los partidos y hacía imposible toda acción común, mientras que una mezcla especial de arrogancia y de pusilanimidad rebajaba la gravedad del peligro que se encontraba lejos y exageraba la del que estaba cerca. Las tradiciones de las crónicas demuestran (1) que la molición y la inmoralidad crecientes, que se aumentaron todavía durante los años de peste de 1465 á 1467, produjeron un decaimiento de fuerzas en la ciudad sin que ésta lo advirtiera. Mientras en Nowgorod vivían en medio de complejas ilusiones, el entendido calculista de Moscú estudiaba profundamente las cosas, y á su conocimiento exacto de ellas, á su modo de proceder, que bien puede llamarse fino bajo el punto de vista psicológico, y á los golpes que dió sin consideración ni compasión alguna, debió su victoria. El curso de estos acontecimientos fué como sigue.

Los nowgorodes hacia tiempo que consideraban un peligro para su independencia el que su príncipe fuera al propio tiempo gran duque de Moscú, y sostenían frecuentes luchas con Pskoff, que buscaba y encontraba en el gran duque un apoyo contra la prepotencia de Nowgorod. Por esto negaron el paso por su territorio á los embajadores de Pskoff que debían avisarse con el gran duque. Cuando Ivan se negó á acceder á la petición de Pskoff que deseaba tener un obispo independiente del arzobispo nowgorode, causó gran indignación en Nowgorod la forma en que la contestación estaba redactada. Habla en ella Ivan de la ciudad como de su «herencia paterna» y la obligaba á vivir en paz con Pskoff. Los nowgorodes obedecieron, pero procuraron contraer alianzas con Lituania para estar armados contra futuros peligros. Ivan ignoraba, al parecer, el aspecto político de este paso, y en una carta dirigida al arzobispo de Nowgorod le decía que el metropolitano de Kieff, favorecido por Lituania, era hereje y le excitaba á perseverar en las verdaderas creencias. Las aparentes debilidades de su modo de proceder y la noticia de que Ivan se encontraba en guerra con Kasan robustecieron el partido hostil á Moscú: los partidarios y los embajadores del gran duque sufrieron en Nowgorod las más crueles humillaciones, mientras se violaban simultáneamente los indiscutibles derechos de soberanía de Ivan. A los mensajeros que continuamente iban y venían de Nowgorod á Moscú manifestó Ivan desde el primer momento que estaba decidido á emprender un ataque formal. Para esto esperó á que Nowgorod rompiera abiertamente los tratados y se hiciera reo de alta traición por haber aceptado, en 8 de noviembre de 1470, un príncipe de manos de Casimiro. Dos días antes de que llegara Miguel Olelkowitz — así se llamaba el nuevo príncipe enviado por Casimiro, que era griego ortodoxo — falleció el arzobispo Jonás de Nowgorod, y entonces ocurrió una sangrienta colisión entre los partidos sobre si la confirmación de Teófilo, á quien la suerte había designado como sucesor del difunto, debía verificarse en Kieff ó en Moscú. El encadenamiento de estos sucesos no puede desgraciadamente fijarse con seguridad. El partido lituano estaba dirigido por los individuos de la familia Borezki, cuyo jefe Marfa, viuda de un antiguo pos-

(1) Para la historia anterior y para la de la decadencia de la Gran Nowgorod, prescindiendo de algunos escasos documentos, no tenemos sino noticias de las crónicas escritas bajo el punto de vista de Moscú.

sadnik, era una mujer dotada de talento y energía extraordinarios. Dícese, sin razón, de ella que pensaba casarse con el príncipe Miguel Olelkowitz. De acuerdo con ella obraba un monje, llamado Pimen, que tenía esperanzas de ocupar la sede arzobispal, y que puso á su disposición los caudales de la rica caja del arzobispo, de la que era administrador, para que con ellos adquiriera adeptos. Teófilo, en cambio, era adicto á Moscú é ignoramos á qué circunstancias debió que el pueblo se le uniera, maltratara á Pimen y le hiciera pagar una multa de mil rublos. Los Borezki no estaban evidentemente seguros de sus partidarios: la escena al poco tiempo cambió por completo. Cuando Teófilo recibió el salvoconducto que había pedido al gran duque, se supo al propio tiempo que Ivan se había dirigido á Pskoff demandando su auxilio para proceder contra Nowgorod. La proposición de los pskofitas de servir de mediadores fué rechazada por la wetscha, la cual declaró que no necesitaba ningún mediador pues no estaba dispuesta á humillarse ante el gran duque y que, por el contrario, contaba que Pskoff, en virtud de lo dispuesto en antiguos tratados, se uniría á los nowgorodes para la resistencia. Ya se comprenderá que Nowgorod no podía confiar en esta unión, y la vaga respuesta que Pskoff dió á esta manifestación demostraba que había que buscar el apoyo por otro lado. Por esto se firmó un nuevo tratado con Lituania, en el cual Casimiro se obligó á proteger con su ejército á los «hombres libres de Nowgorod» contra los ataques del gran duque, prometió respetar sus creencias griegas, no fundar ninguna iglesia católica en Nowgorod y poner en estos territorios un gobernador que profesara la religión griega. En cambio recibió la promesa de que en caso de conseguir que se hiciera la paz entre Moscú y la república se le concedería la percepción del impuesto denominado *tributo negro*.

Este tratado es muy notable (2). Propiamente hablando, no puede decirse que fuera una sumisión á la soberanía lituana. Nowgorod se reservaba expresamente sus antiguas libertades y desde el momento en que se admitía la posibilidad de una reconciliación con el gran duque, se ve claramente que no se pensaba en una unión duradera con Lituania. En la misma cuestión religiosa, se tomaba con una mano lo que con otra se daba. Una cláusula del tratado aseguraba á la ciudad el derecho de consagrar al obispo donde mejor le pareciera: no se decía si en Moscú ó en Kieff, quedando por lo tanto sin resolver la cuestión. Si se lee entre líneas el documento del tratado, se verá que lo había dictado el antagonismo entre los partidos de Nowgorod como concesión extrema. Aun cuando la desventaja era entonces para los partidarios del gran duque de Moscú, es lo cierto que éstos existían y que Ivan supo aumentar su número. Sus embajadores y los del metropolitano daban el primer lugar á la cuestión religiosa, prometían gracia á los nowgorodes y les amenazaban con la guerra para el caso contrario. La wetscha celebró muchas sesiones tempestuosas, en las cuales preponderó el partido lituano, pero no pudo llegarse á una clara solución definitiva y ni siquiera supo Nowgorod vivir en paz con el príncipe Miguel Olelkowitz, el cual disgustado se retiró á Kieff en el mes de marzo del mismo año. A fines de este mes llegaron nuevas embajadas del gran duque y del metropolitano, las cuales echaron la culpa de todo á los «jó-

(2) *Actas de la comisión arqueográfica*, I, núm. 81, págs. 62-64. Aquí puede hacerse notar que entre los delegados de Nowgorod que firmaron este tratado no figuraba más que un individuo de la familia Borezki. Los representantes nowgorodes eran: el possadnik Ofonas Ostafewitz, el possadnik Dmitri Ysakwitz é Ivan Kusmin, hijo de un possadnik: los delegados (shitye ljudi) eran Panfilei Selifontowitz, Cirilo Ivanowitz, Jakim Jakowlitz, Jacob Sinowyewitz y Estéban Grigoyewitz.

venes» y exigieron del arzobispo, de los ancianos possadniks, de los generales y de los comerciantes que interpusieran su influencia en favor de «lo antiguo,» con lo cual dieron origen á nuevas disensiones y nuevos antagonismos. Nada, sin embargo, sucedió en Nowgorod: solo se reunieron tumultuosas asambleas populares, pero nunca se vió una mano enérgica que lo dirigiera todo. Por esto debía venir al fin la catástrofe.

La primavera y el verano eran épocas muy desfavorables para el que quisiera atacar á Nowgorod, pues los lagos y pantanos hacían casi imposible el acceso á la ciudad. Pero el año 1471 fué muy caluroso; y estando Casimiro ocupado con las pretensiones de su hijo á la corona bohemía y no amenazando por parte de los tártaros peligro alguno, cosas que se sabían perfectamente en Moscú, Ivan hizo los preparativos para una campaña de verano.

La expedición contra Nowgorod fué considerada como una fiesta por todos los guerreros de Ivan, especialmente por los príncipes servidores que de todas partes se le presentaron. En 31 de marzo penetró el primer ejército en el territorio del alto Dwina dirigiéndose contra Wjatka; seis días después avanzó otro ejército contra Rusa, al Sur del lago Ilmen, y en 13 de junio partió un tercero hacia Wischni-Wolotschok con la misión de subir por la orilla del Msta para envolver á Nowgorod por el Este. Los hermanos del gran duque, á excepción de Andrés el Mayor, que se quedó en Moscú para defender la capital, recibieron el encargo de penetrar desde sus respectivos territorios en el de Nowgorod, é igual intimación se hizo al príncipe de Wereja. Finalmente, el 20 de junio emprendió la marcha el gran duque al frente del grueso de sus tropas. Habían dado á todas permiso para devastar, incendiar, robar y prender á su antojo, y por cierto que no vacilaron en hacer amplio uso de este permiso para arruinar á Nowgorod. Las tropas de Twer alcanzaron al ejército del gran duque en Torschok, á donde llegaron también emisarios de Pleskau anunciando que se había roto el tratado con Nowgorod y que aquel país estaba completamente apretado para la guerra.

Nowgorod se encontraba del todo desprevenida: la ciudad no se había provisto de los víveres correspondientes y no estaba segura del auxilio de Lituania, pues el mensajero que se había enviado á última hora á Casimiro, y que había dado un rodeo por Livonia, había sido hecho prisionero por el gran maestre teutónico de este territorio, el cual le había obligado á retroceder. Livonia no podía atreverse á atraer sobre sí la cólera del gran duque, que con su ejército se acercaba á sus fronteras, y hubiera sido de parte de ella una locura unir su suerte á la de Nowgorod, cuya derrota se preveía claramente. Una parte de las tropas nowgorodes se encontraban en la cuenca del Dwina y estaban demasiado lejos para avanzar, además de que eran indispensables para defender aquellas comarcas, seriamente amenazadas. En el interior de la ciudad subsistieron hasta el último momento las disensiones entre los partidos. El arzobispo había prohibido á las tropas por él facilitadas que lucharan con las del gran duque y solo les permitió combatir á las de Pleskau, sutil ficción que sin satisfacer á ningún partido contribuía poderosamente á debilitar la energía de Nowgorod. Esto no obstante, habíase logrado reunir un ejército de 40,000 hombres, el cual fué dividido en varios cuerpos, que se enviaron á los puntos de mayor peligro. Pero componía la mayoría de estas tropas una muchedumbre inepta para la guerra, pues de ella una parte había sido reclutada á la fuerza, y no era escaso el número de los que por vez primera montaban un caballo y empuñaban una espada.

Después que las avanzadas del gran duque hubieron redu-

cido á ceniza la ciudad de Rusa, ocurrió el primer encuentro en Karamsin, cerca del punto en que el Lowat desemboca en el lago Ilmen. Los nowgorodes, según parece, pensaban sorprender al enemigo, pero al ver que, por el contrario, éste les atacaba de improviso, emprendieron la fuga perdiendo muchos prisioneros. Los generales de Ivan, Daniil, príncipe de Cholm, y el vaivoda Fedor Davidowitz cometieron en las personas de aquellos infelices un acto de horrible barbarie: á todos los prisioneros nowgorodes les fueron cortados los labios y las narices, y así mutilados los enviaron á Nowgorod. En el mismo día fué derrotada una segunda división nowgorode, y entonces el ejército moscovita — la vanguardia — avanzó mas hácia el Oeste dirigiéndose al Schelona, donde el grueso del ejército nowgorode, separado de su enemigo solo por la corriente del río, había tomado sus posiciones. En aquel punto trabóse, en 14 de julio, la batalla decisiva. Los moscovitas pasaron el río y á pesar de la superioridad numérica de sus adversarios consiguieron, según parece, una victoria fácil, porque las tropas del arzobispo, obedeciendo los mandatos de éste, apenas tomaron parte en la lucha. Cuatro vaivodas nowgorodes fueron hechos prisioneros y enviados entre cadenas, con la noticia de la victoria, al gran duque, que todavía se encontraba al pie del Waldai y que entonces avanzó con todo el grueso del ejército, que aun no había entrado en combate. En 24 de junio le encontramos en Staraja-Kusa, donde mandó dar muerte á los generales hechos prisioneros en la batalla del Schelona: los demás notables fueron enviados á Moscú y á Kolomna; y en cuanto á la plebe, la envió Ivan á Nowgorod para que aumentara el hambre y el número de sus partidarios. Cada vez iba estrechándose más y más el cerco destinado á oprimir á la ciudad, á la cual se fueron acercando el gran duque, los de Pleskau y los vaivodas moscovitas. ¡No había esperanza alguna de salvación! Las tropas de Nowgorod habían luchado también con adversa suerte en la cuenca del Dwina: las crónicas no nos dan cuenta de la más pequeña victoria. Todos los alrededores de la capital habían sido cruelmente devastados, y en el seno mismo de la ciudad los partidos se combatían rudamente. Una primera tentativa para entrar en negociaciones había sido rechazada por Ivan, cuando éste se encontraba delante de Rusa; pero en 27 de julio, cuando el arzobispo con todos los altos dignatarios de la ciudad y los representantes de los cinco distritos se presentaron á él implorando la paz, el gran duque les escuchó y en 11 de agosto les prometió apartar de Nowgorod su cólera. Firmóse entonces un tratado que rompía para siempre toda alianza con Lituania, imponía á la ciudad una contribución exorbitante, aseguraba á los guerreros del gran duque la posesión de cuanto habían tomado al enemigo y ponía en manos de aquel todo el territorio del Dwina, especialmente Wologda (1).

Por lo demás, todo quedó, al parecer, en el estado que tenía antes; solo que en Nowgorod se estableció un gobernador del gran duque, que limitaba las atribuciones judiciales del possadnik, y los principales destinos fueron también confiados á los partidarios de Ivan. La wetscha subsistió: no era todavía tiempo de acabar exteriormente con la independencia de Nowgorod, porque con ello se hubiera dado á la ya indignada Lituania un pretexto para mezclarse en el asunto. En el tratado de 11 de agosto se garantizó también el libre comercio con las ciudades anseáticas. Ivan esperó á que el fruto, convenientemente madurado, cayera en sus manos.

(1) Véanse las *Actas de la comisión arqueográfica*, I, núms. 90-94. La cesión de Wologda se desprende de la comparación del núm. 87 (tratado con Casimiro) con el núm. 91. En uno y otro se mencionan los territorios pertenecientes á Nowgorod, y solo en el 91 falta Wologda, mencionada en el 87. — Véase el núm. 95.